

ISMAEL SANTIAGO ROJAS\*

## La ciudad en *Los demonios y los días* de Rubén Bonifaz Nuño

### Introducción

Rubén Bonifaz Nuño (1923) forma parte de la generación del 50 junto con Jaime García Terrés, Alí Chumacero, entre otros. Entre sus libros más conocidos encontramos *Fuego de pobres* (1961), *El manto y la corona* (1958) y *Los demonios y los días* (1956). Este último libro, el mismo Bonifaz lo reconoce como su libro más importante.<sup>1</sup> En el presente ensayo abordaré el tema de la ciudad en *Los demonios y los días*, identificaré los elementos más importantes de la urbe como la calle, la ventana, el cine, y el transporte público.

La ciudad en este poemario significa protección. La ciudad es la casa de los menesterosos tanto económica como emocionalmente. El yo lírico de *Los demonios y los días* aparece como si fuese un guerrero citadino, cuyo combate es la sobrevivencia y la búsqueda del amor.

Por otra parte, cuando leí por primera vez *Los demonios y los días* un pesimismo me embargó el alma, empero, después de varias lecturas al poemario hallé un optimismo en el yo lírico, quien canta: “para los que pisan sus fracasos y siguen”. Si bien es cierto que el hombre es presentado en su desdicha, éste desea salir de ese estado, terminar su condición de miserable. Y la poesía es el medio o arma que sirve para menguar la soledad. Y, lo que más llamó mi atención de *Los demonios y los días* —y por lo cual me identifiqué con el yo lírico— fue que Bonifaz Nuño se dirige a un público citadino. El mismo poeta confiesa lo siguiente:

Soy hombre de ciudad desde que tengo memoria. Me gusta y la amo totalmente con su mugre y sus riquezas: las fondas y las cantinas, las

Rubén Bonifaz  
Nuño.  
*Los demonios  
y los días*. 1956

\* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

<sup>1</sup> Rubén Bonifaz Nuño, “En *Los demonios y los días* [...] Pude describir, creo que con acierto, la mediocridad del hombre normal de México”.

encrucijadas y el olor de las pescaderías, las oficinas, el ruido de los coches y la asfixia constante. Creo que en casi todo lo que he escrito se siente, a partir de este libro, la presencia de la ciudad. Yo no entiendo de otras cosas.<sup>2</sup>

Del mismo modo, yo no podría concebir mi vida fuera de la Ciudad de México, pues he aprendido a caminar por sus calles, a ver su gente, y sobre todo, a sobrevivir en ella; no obstante, sería erróneo si dijera que la conozco totalmente, ya que cada día ésta crece, o se puede descubrir un nuevo rincón. En *Los demonios y los días* encontré una ciudad en la cual puedo sentirme protegido porque en ella hay hombres —al igual que yo— que creen en la amistad.

Rubén Bonifaz Nuño en *Los demonios y los días* configura una ciudad desconsolada y pesarosa, en la cual el yo lírico, a pesar de vivir en sociedad, está condenado a vagar por ella e en busca de amor y amistad. El yo lírico es un solitario, condición que desea finiquitar, pues sabe que en las calles, quizá detrás de una ventana se halle la mujer deseada. La calle, la ventana, el transporte público, y la casa son los elementos principales con que Rubén Bonifaz Nuño remite a la urbe, que muy posiblemente sea el Distrito Federal. Para Bonifaz la ciudad es el espacio sagrado en el sentido de que representa la unificación de todo un pueblo: “El fundador es aquel que adquiere la conciencia de que la ciudad existe.”<sup>3</sup> Todo habitante sabe y reconoce el suelo que pisa, pues ésta es su casa. Según Chevalier la ciudad significa límite y protección, es decir, la ciudad es madre ya que cuida a sus habitantes.<sup>4</sup> Entonces la ciudad, en *Los demonios y los días* es sinónimo de hogar.

El yo lírico de *Los demonios y los días* es un individuo solitario, que padece su soledad en su habitación, y ahí ni siquiera se reconoce a sí mismo, no sabe siquiera de quien son las sábanas que lo han protegido, ni la ubicación de su domicilio. Sólo sabe que lo rodean cuatro paredes:

Desconozco.  
No sé de quién son estas sábanas  
ni a qué calle miran estas paredes.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> Citado por Alfredo Rosas Martínez, *El éter en el corazón*, p. 69.

<sup>3</sup> Rubén Bonifaz Nuño, *Ensayos*, p. 72.

<sup>4</sup> Véase Jean Chevalier, *Diccionario de símbolos*.

<sup>5</sup> Rubén Bonifaz Nuño, *Los demonios y los días*, p. 1. En las siguientes citas indicaré la página entre paréntesis.

En los versos anteriores encontramos la función de la casa: la protección en el sentido físico, es decir, al menos en la habitación no padece las inclemencias del afuera. No obstante, emocionalmente, sufre el miedo de saberse solo en mitad de la noche, pues son estas horas en las cuales más se acentúa la soledad, en que los silencios pesan más, pues es cuando se puede escuchar a aquellos perros noctámbulos:

Mitad de la noche. Terror. Distancia  
La cama, y el perro que ahora late  
no sé dónde. Adentro de mí seguro. Seguro. (1)

Del mismo modo que las calles están solitarias en la noche, así se encuentra el corazón del yo lírico: solo. El terror que padece lo obliga a huir de su refugio para encarar la vida:

Caminos, esquinas, encrucijadas  
Silencio de gente que se ha dormido;  
que se ha protegido con paredes  
y puertas y carne, que se oculta  
de su corazón que sabe. (2)

Pero, ¿dónde puede hallar el yo lírico remedio a su soledad? La respuesta es sencilla mas no la solución. Buscar la compañía de un amigo o una amiga en la ciudad, elegir un camino de los tantos que nos ponen las encrucijadas. En otras palabras, la voluntad de no querer seguir siendo un hombre solo es la única manera para abandonar tal condición. En este sentido, para Rubén Bonifaz Nuño la libertad es el primer valor humano, el hombre mismo crea su destino. Así, el yo lírico decide dejar la inmovilidad de su habitación para convertirse en un caminante o un mendigo, que busca en medio de calles maltrechas alguna compañía; sin embargo, no logra su cometido: "y se queda fuera, saltando solo / junto a alguna puerta, en el asfalto / de una carcomida calle cualquiera". No obstante, en su búsqueda el yo lírico no puede acercarse al amigo o a la amada porque éstos se alejan de él:

Amargo es perder un amigo,  
o desde una esquina en la noche  
mirar alejarse a la mujer que nos deja. (10)

Es la timidez y el miedo lo que impide al yo lírico acercarse a una mujer: "y encuentran parejas impenetrables / muchachas solas

que dan miedo / pues uno no sabe bailar y es triste". Pero también la timidez de ellas y de las personas impide la comunicación entre los habitantes de la ciudad. Entonces, el yo lírico observa que no sólo él padece de soledad, sino que todos los habitantes la sufren, a pesar de vivir en sociedad. Y así comprende que –"con gentes sentadas en entorno; circos / repleto de gentes; calles vacías / por las que pasaban gentes iguales"– vale más sufrir que ser vencido. El yo lírico, en su afán de compañía, desearía recurrir al alcohol y a la puta para menguar un poco su soledad, sin embargo, reconoce que tales placeres son efímeros, de ahí que exprese lo anterior como un mero deseo a través del condicional: *Quisiera*, el cual rige a los infinitivos siguientes del poema:

[...] Quisiera  
 quedarme dormido mucho tiempo.  
 O buscar alguna compañía necia  
 emborracharme hasta que nada  
 me importe, alquilar por media hora  
 una desdichada que me abraza,  
 que no me conozca, que me aborrezca  
 porque yo no soy lo que ella quiere. (12)

Sin embargo, el yo lírico no acude a tales placeres y decide continuar su búsqueda. Él se convierte en un viajero ya no en el sentido de los héroes épicos, quienes recorrían largos caminos en pro de su destino; él no es un Odiseo o Eneas, cuyo destino era, para uno, Ítaca, y para el otro, Roma, respectivamente. El yo lírico de *Los demonios y los días* es un héroe moderno, un individuo que trabaja y lleva sus asuntos a buen puerto a pesar de que no marchen bien. Es un individuo entre muchos otros. Así, los habitantes, al recorrer las calles, los cines, fundan la ciudad pues la reconocen pues, ésta existe gracias a quién la habita. De tal modo, Rubén Bonifaz Nuño nos dice que el yo lírico de *Los demonios y los días* pudiera ser cualquier ciudadano –incluso nosotros mismos. El yo lírico recorre y aprecia los lugares que pudieran parecer triviales; por ejemplo: el transporte público y el cine. En estos lugares depositamos nuestras vivencias, ahí esbozamos, quizá, una sonrisa con nuestro acompañante o disfrutamos de un filme, respectivamente. Si la habitación es el espacio íntimo por antonomasia, el transporte y el cine son los lugares en los que nos ofrecemos a otras personas, damos nuestra compañía a desconocidos a través del intercambio de miradas y sonrisas:

¿Cuál es la mujer que recordamos  
 Al mirar los pechos de la vecina  
 de camión; a quién espera el hueco  
 lugar que está al lado nuestro, en el cine? (38)

Incluso, el hombre cree reconocer en la mujer vecina el amor que tanto desea. El amor al que se refiere Rubén Bonifaz Nuño es ideal; sí, a manera de la poesía provenzal o neoplatónica:<sup>6</sup> “Lo que se hace realidad ya no es amor”.<sup>7</sup> El yo lírico busca, no una mujer en el plano físico, sino en un plano espiritual; por ello, él no acudió al placer de la meretriz, pues sabe que es más satisfactorio tener una mujer en quien pensar antes que poseer sexualmente a una desconocida. Cuando acude al cine y observa el asiento desocupado de al lado, sabe que ahí debería estar el nombre de una mujer, mas no el cuerpo de ésta. El yo lírico, entonces, descubre que el amor es una búsqueda, es decir, la esperanza de que algún día llegará esa mujer.

Decíamos que la ciudad es sinónimo de hogar porque protege a sus habitantes. Por ejemplo, Gaston Bachelard asocia a la ciudad con fortaleza: “El refugio se ha contraído. Y siendo más protector se ha hecho más fuerte. De refugio se ha convertido en fortaleza”.<sup>8</sup> El yo lírico de *Los demonios y los días* sueña con la casa a la que se refiere Bachelard, de ahí que éste se sienta desamparado al recorrer las calles, tal como si fuese un mendigo, que busca un mendrugo. El yo lírico desea una casa para guarecerse del frío y la soledad. Quiere una fortaleza.

De noche con pasos lentos,  
 caminando, viendo las ventanas opacas,  
 por las despobladas calles de alguna  
 ciudad, en la hora más honda y ciega;  
 cuando ya ninguno vela, y el aire  
 pesa con el sueño de las gentes.

Por otra parte, la atmósfera que recrea Bonifaz Nuño es la de una ciudad onírica; en primer lugar porque él y él o lírico camina insomne —siempre de noche— imaginando una casa futura, la cual ha sido ya construida y en la que mora el amor —o la amada. Y en segundo

<sup>6</sup> Piénsese en la poesía petrarquista, donde Laura es vehículo entre el poeta y la divinidad para alcanzar la fama. El hecho de que no se posea a la dama físicamente hace de este amor algo divino.

<sup>7</sup> Citado por Denis de Rougemont, *Amor y occidente*, p. 35.

<sup>8</sup> Gaston Bachelard, *Poética del espacio*, p. 78.

lugar, porque sueña que no sólo él es el buscador de amor, sino que también él es buscado por una mujer. Y sueña con ser encontrado:

Tras una ventana de éstas podrías  
estar, indefensa, durmiendo,  
tú, para quien fue demasiado simple  
la caja de vidrio que te encerraba,

Acaso esta misma noche en que pienso,  
en este momento, mientras camino  
por estos lugares próximos,  
estás escuchando en alguna parte  
las cosas que no te dije, el silencio  
que no comprendiste: me has encontrado. (18)

Después de recorrer las calles infructuosamente, el yo lírico regresa a su habitación, y ahí, con la esperanza intacta menciona:

Me asomé otra vez a la ventana  
a ver si tocabas en mi puerta.  
No era nadie. Todos los vecinos  
saben que te estoy esperando. (29)

Cual Sísifo que tiene que cargar días tras día una piedra, los habitantes de la ciudad de *Los demonios y los días* trabajan, en primer lugar, para ganarse el pan de cada día, y en segundo lugar, para encontrar una compañía. Los habitantes de la ciudad, sobre todo, los menesterosos, tanto económica como emocionalmente, cada mañana deben emprender el viaje a sus respectivos trabajos una y otra vez porque ni el bienestar económico ni el amor se consiguen:

Y lentos camiones donde los indios  
juntan el sudor y la miseria  
de todos los días, se apretujan,  
y llegan a barrios que se deshacen  
de viejos, y tiemblan y trabajan. (13)

En *Los demonios y los días*, a pesar de que se describe una ciudad pesadora y triste, existe una esperanza, la cual alberga en cada persona, y ésta reside en el sueño, ese remanso a la cotidianidad, ese reposo en el cual dejamos a un lado nuestra condena de Sísifos. Y soñamos con el amor.

Quizá el poema más conocido de Rubén Bonifaz Nuño sea: “Para los que llegan a las fiestas” pues, sin duda alguna, podría resumir el sufrimiento que provoca la soledad, y ese ímpetu por amar. En este poema, Rubén Bonifaz Nuño apela directamente al menesteroso, que desea un hogar sólido: una familia.

[...]

para los que miran desde afuera,  
de noche, las casas iluminadas,  
y a veces quisieran estar adentro:  
compartir con alguien mesa y cobijas  
o vivir con hijos dichosos;  
y luego comprenden que es necesario  
hacer otras cosas, y que vale  
mucho más sufrir que ser vencido; (24)

También en este mismo poema, Rubén Bonifaz Nuño reconoce al hombre como guerrero, cuya arma principal es precisamente el sueño. Y para estos hombres, que caminan insomnes es a quien canta:

Para los que pisan sus fracasos;  
para los que sufren a conciencia  
porque no serán consolados,  
los que no tendrán, los que pueden escucharme;  
para los que están armados, escribo.

Los habitantes a los que se refiere Rubén Bonifaz Nuños, en *Los demonios y los días*, son aquellos que sueñan, los que albergan un mínimo de esperanza. Estos son los que dan vida a la ciudad. La ciudad está creada de sueños, donde lo importante no es que se realicen éstos, sino que existan. La ciudad que se configura en *Los demonios y los días* es ilusoria, de ahí que sus personajes parezcan inasibles, sobre todo, la mujer. Y a pesar de la tristeza y la incomunicación del hombre, este poemario expresa la esperanza de que algún día las cosas serán distintas. Lo importante, según Bonifaz Nuños, es tener los sueños incólumes. Saber que una ventana se abrirá y desde allí una mujer nos encontrará.

Por otra parte, podemos observar un esquema narrativo bien definido. Una *situación inicial*: un hombre solo en su habitación; un *suceso desencadenante*, que nos es más que la consecuencia de sufrir la soledad, entonces, el individuo decide salir a la calle a buscar un amigo o una amiga; y una *situación final*, en la que, si bien es

cierto no hay una transformación en el personaje (el yo lírico) pues no consiguió al amigo o la amada, sí comprende el sentido de la poesía:

Desde la tristeza que se desploma,  
desde mi dolor que me cansa,  
desde mi oficina, desde mi cuarto revuelto,  
desde mis cobijas de hombre solo,  
desde este papel, tiendo la mano. (42)

Por otro lado, la poesía es salvación, tal como expresara Octavio Paz, pues el yo lírico de *Los demonios y los días* encuentra, a través del canto, un remanso a sus demonios: la soledad y la rutina. Sin embargo, éstos se hacen menos pesados si se expresan en un papel, aunque nadie nos escuche, existe la esperanza de que alguien nos comprenda:

Escribí al principio: tiendo la mano.  
Espero que alguno lo comprenda. (42)

## Conclusión

En *Los demonios y los días* Rubén Bonifaz Nuño configura una ciudad que significa hogar, en el cual el hombre, a pesar de sufrir el desamor, la soledad, se siente protegido por la urbe, pues, sabe que no está solo, que al igual que él, hay muchas personas que padecen soledad, de tal manera, pudiera ser que antes que él encuentre a la mujer amada, él sea encontrado por ésta.

La ciudad, entonces, es la casa, en que sus habitantes son hermanos del yo lírico. De ahí la hermandad que se respira en toda la poesía de Rubén Bonifaz Nuño. El amor al que se refiere Bonifaz es un tanto el que vive Don Quijote; sí, soñar que tenemos a quien amar, aunque ésta no aparezca para consolarnos en la horas más aciagas, empero, al tener en quien pensar y honrar, podría ayudarnos a salir de nuestra mediocridad. De ahí que hayamos mencionado que el yo lírico de *Los demonios y los días* es un guerrero, cuya arma es el sueño. En otras palabras, el guerrero ve la realidad de otra manera. Si la realidad es atroz, la única manera de hacer la más llevadera es soñar que nuestra vida tiene un propósito: el amor.



## Bibliografía

- Bachelard, Gaston. *Poética del espacio*. Traducción Ernestina de Champourcín. México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Bonifaz Nuño, Rubén. *Ensayos*. México. Universidad Nacional Autónoma de México. 2009.
- . *De otro modo lo mismo*. México. Fondo de Cultura Económica. 1979.
- Chevalier, Jean. *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Herder, 1995.
- Rosas Martínez, Alfredo. *El éter en el corazón. La poesía de Rubén Bonifaz Nuño y el pensamiento ocultista*. México. Universidad Nacional Autónoma de México. 1999.
- Rougemont, Denis. *Amor y Occidente*. México. Traducción Ramón Xirau. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1993.

## Hemerografía

- "Rubén Bonifaz Nuño". *Alforja*. Arte y literatura, núm. 37. Verano 2.

## Cibergrafía

- <http://www.youtube.com/watch?v=xQsR2YTezew>

